

tes y entra en contacto vivificante con Erasmo, Moro y el mismo Luis Vives.

Raíces de latinidad.

Tuvimos, pues, al nacer en la historia universal un digno renacimiento y un generoso humanismo.

El hombre del siglo XVI no se siente inferior ante ningún país de Europa, porque tiene conciencia de la grandeza española que ha transplantado a esta Nueva España, pero de manera principal, el orgullo novohispánico de Bernal Díaz puede ser el ejemplo, porque se sabía vinculado con la cultura europea por la lengua, por la tradición clásica, por la religión, por la sabiduría renacentista.

En la realidad histórica del pueblo naciente, tuvieron que influir de modo diverso los profesores de latín como Blas de Bustamante, los retóricos como Cervantes de Salazar, los filósofos como fray Alonso, los varones como Zumárraga y Las Casas. Nosotros, que miramos a distancia el fenómeno del siglo XVI y que por conformación mental debemos referirnos a esta época con conceptos generales, afirmamos la existencia de un humanismo mexicano que resumió los más nobles fines de un fenómeno, también complejo, conocido con el nombre de Renacimiento. Compuesto por humanistas en el sentido literario de la palabra, dedicados a la enseñanza de las lenguas clásicas y al cultivo del espíritu; por humanistas en el orden filosófico y moral; por humanistas creadores de pueblos y defensores del hombre. En conjunto, el humanismo mexicano del siglo XVI es un movimiento que estuvo en contacto con el pueblo y sus propios problemas. Para nuestros humanistas casi no existe la tranquilidad horaciana de aquellos renacentistas europeos que gustaron de retirarse del vulgo profano. Aquí está una de sus características y tal vez la explicación de por qué nuestro humanismo tuvo por bandera la dignidad de la persona humana, la igualdad de los hombres, la fe en la fuerza de la razón, lo que dio desde los primeros tiempos un carácter común a nuestro pueblo.

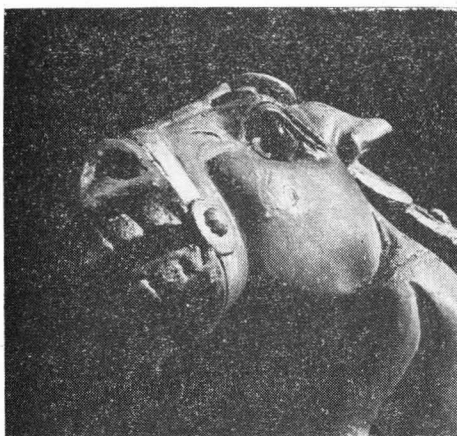
Merced a este humanismo, México, que entonces parecía ser América, recibió los mejores ideales de España, de Italia, de Francia e Inglaterra. Recibió las inquietudes de Arias Montano y Nebrija, del renacimiento itálico, de Luis Vives y sus discípulos, de Tomás Moro, de Erasmo y su escuela. Hizo suya la tradición entera del genio helénico y latino. Con tales elementos América vino a ser un nuevo mundo con un nuevo tipo de hombre.

Por esto no nos resulta vano repetir que el humanismo grecolatino es uno de los elementos vitales de la fisonomía espiritual de México y el fundamento de la cultura mexicana. Con cuánta razón ha observado Alfonso Reyes que la latinidad es el único trampolín desde el cual México puede lanzarse a dar su grito en el consorcio universal. Aquí está el cimiento y el áncora que da perennidad a los pueblos. No tenemos ni debemos buscar otro. Pero tampoco habremos de confundir lastimosamente con el humanismo el mundo académico artificial que muchas veces ha impedido el contacto de los hombres con su propia tierra o el conocimiento de sí mismos. Tampoco habremos de mostrarnos necios separando el saber uno del hombre, como si la ciencia fuese extraña a lo humano.

NACHO LÓPEZ

FOTOGRAFO DE MEXICO

Por Raúl FLORES GUERRERO



"El sabor de las cosas simples"

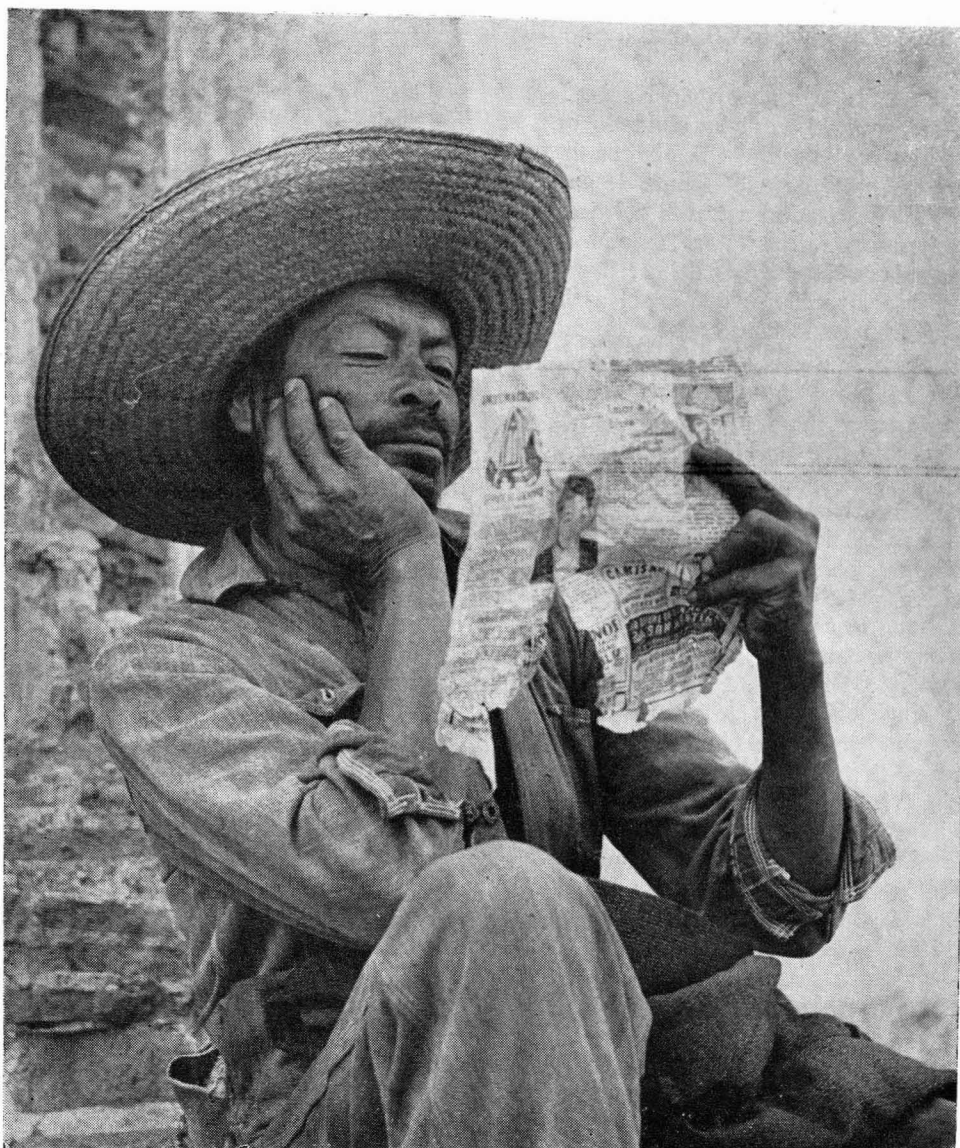
NACHO López nació en Tampico en 1924. Sin embargo, no fué allí, sino en Mérida, en donde tuvo por primera vez la experiencia, inquietante para los ojos juveniles, de usar una cámara fotográfica. Seguramente en las fotos que entonces tomó con esa cámara el horizonte apareció algunas veces en diagonal, la familia sin pies o sin cabeza, la novia perdida en la nebulosidad del desfoque, pero lo importante desde ese momento fué su ambición profesional de ser fotógrafo.

Manteniendo ese propósito, cuando llegó a la capital comenzó a aprender verdaderamente el oficio —que más tarde elevaría a la categoría de arte— con Víctor de Palma y en la Academia Cinematográfica con Manuel Álvarez Bravo. Y lo aprendió bien, de tal modo que en 1948 fué designado para impartir un curso de técnica fotográfica en la Escuela de Periodismo de la Universidad de Venezuela. Allí registró con sus cámaras los sucesos del infeliz derrocamiento de Rómulo Gallegos.

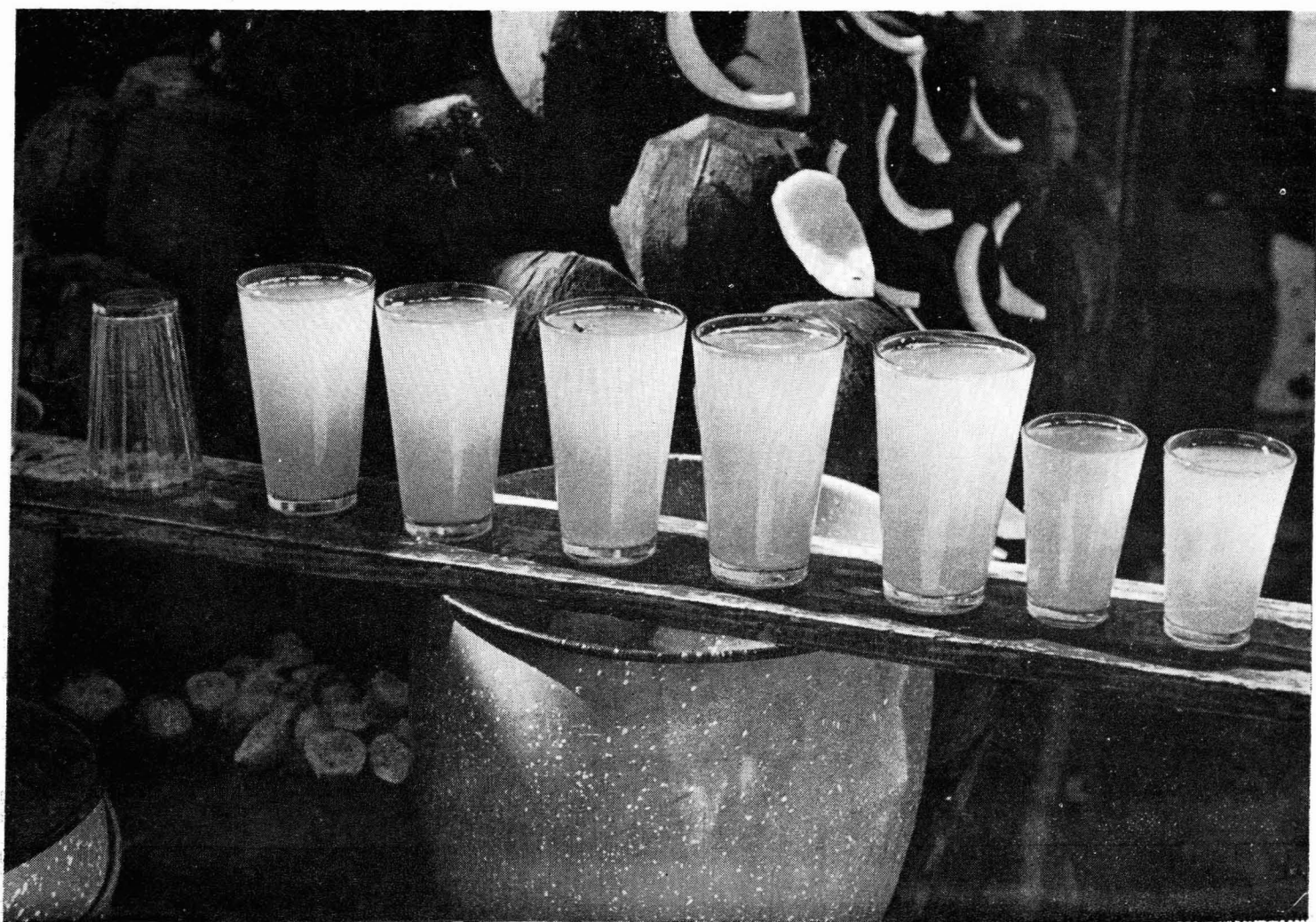


...unos dedos trémulos que piden un cigarrillo...

A su vuelta a México se lanzó a la fotografía periodística que lo puso, necesariamente, en contacto directo con la realidad cotidiana. Con ello se alejó por completo de la fotografía de estudio y de ese seudorealismo tan atractivo para los presuntos artistas de la cámara. Empero, no sabía aún emplear la fotografía como medio de expresión, como lenguaje artístico. La relación personal con algunos fotógrafos célebres de los Estados Unidos y la lectura constante de los escritos de los técnicos internacionales más experimentados, llevaron a Nacho López hasta el umbral de la fotografía de concepto, es decir, aquella que no es la mera reproducción gráfica de tal o cual hecho, sino que entraña una interpretación consciente del mismo. Esta interpretación es el último paso en ese proceso, ya artístico, que se inicia con el saber ver, o más bien con el *pre-ver*, posibilidad, ésta, que sólo se produce en el artista con la experiencia fincada en la observación de las reacciones humanas. El fotógrafo puede llegar a intuir, según los antecedentes instantáneos de un hecho, cuál va a ser el desenlace final, cómo reaccionarán los personajes que en él toman parte activa. Esto invalida la intervención de la casualidad como factor indispensable en la fotografía: no hay otra casualidad que la de encontrarse ante un sujeto fotografiable; la captación consecuente es lo decisivo en ese intento del



...observación de las reacciones humanas...



...los vasos irisados de aguas frescas...

camarógrafo por transformar la realidad en una obra de arte.

Para un fotógrafo como Nacho López —creo que hasta él ha olvidado que su nombre es Ignacio— la cámara llega a ser casi una parte integrante de su cuerpo. El disparador, a través del dedo que lo presiona, debe estar sometido a las reacciones instantáneas del cerebro y obedecer a los reflejos que en el artista se producen como consecuencia de su *pre-visión*.

Una buena fotografía es aquella tomada en un momento de clímax, ni antes ni después de la culminación dinámica o emotiva del hecho registrado. Un golpe, un salto, hasta una mirada, son susceptibles de servir como sujeto artístico siempre y cuando sean aprehendidos en el instante climático de su realización. De ahí que la volición fotográfica necesariamente se anticipe, por fracciones de segundo, a tal instante. Consciente de esto y empleando una técnica peculiar que consiste en abrir el obturador de la cámara el tiempo indispensable para captar, simultáneamente, el desarrollo de un movimiento gracias a la superposición de las imágenes (lo que el "futurismo" intentó en la pintura) Nacho López comenzó a tomar fotos de danza sobre los mismos escenarios, sin otras luces que la tramoya teatral, y, con el tiempo, se ha convertido en el mejor fotógrafo de danza en México. Y es así que los cuerpos de los bailarines en proyección espacial, las faldas de vuelos inalcanzables, quedan detenidos siempre en el negativo minúsculo, con todo el dinamismo que tienen en los instantes más significativos de las danzas.

En la fotografía, como en cualquier otro arte, la *verdad* es un valor y el intento de Nacho López por decir algo en el blanco y negro carecería de interés si no existiera la *verdad* en sus fotos; verdad irrecusable, emotiva, profunda, puesto que está afirmada en la realidad vital del pueblo de México. No es, sin embargo, la verdad unilateral del drama, sino que, además del brillo de las lágrimas sinceras y espontáneas, están allí el estallido de júbilo en los rostros, la ironía de las situaciones, la energía de las actitudes, la emotividad del sentimiento religioso y tantas otras facetas de la vida compleja del hombre de México. ¿Quién sino el hombre es el sujeto ideal de la fotografía?

Las lentes sensibles y finas y la luz natural u ocasional —nunca el espanto sorpresivo de los flashes— son los medios de realización en el arte de Nacho López. Ha pasado por las ferias populares, nos lo dice el sensible papel que ha sido herido por la alegría de los niños que saltan, en la gran aventura de la infancia, bajo la lluvia luminosa de los fuegos de artificio, o por la tristeza infinita de la carpa vacía en la que un solo espectador —tal vez el primero, tal vez el último, tal vez el único— sube los pies sobre los travesaños de su silla de palo en un intento por escapar de las aguas que, inundando la sala, se tragan, muertas de hambre, temblorosas la frialdad, los

reflejos de los focos impotentes. En alguna plazuela de la ciudad ha detenido el momento chispeante de los payasos pobres, esas familias en desgracia ante cuyos chistes el público que los rodea se esfuerza por reír para no defraudarlos en su trabajo serio. Ha estado también en los billares del barrio: en la fotografía parece resonar la carcajada de aquel tipo desdentado que hizo carambola.

Pero Nacho López ha escogido la calle como escenario principal para su arte. Allí están los más importantes actores del mundo: niños, jóvenes y viejos, hombres y mujeres, representando la gran obra de la vida: la niña mexicana de grandes ojos escondiéndose, para comer su pedazo de caña, tras las gigantescas piernas de un "judas" de papel de china; el pequeño que llora en un



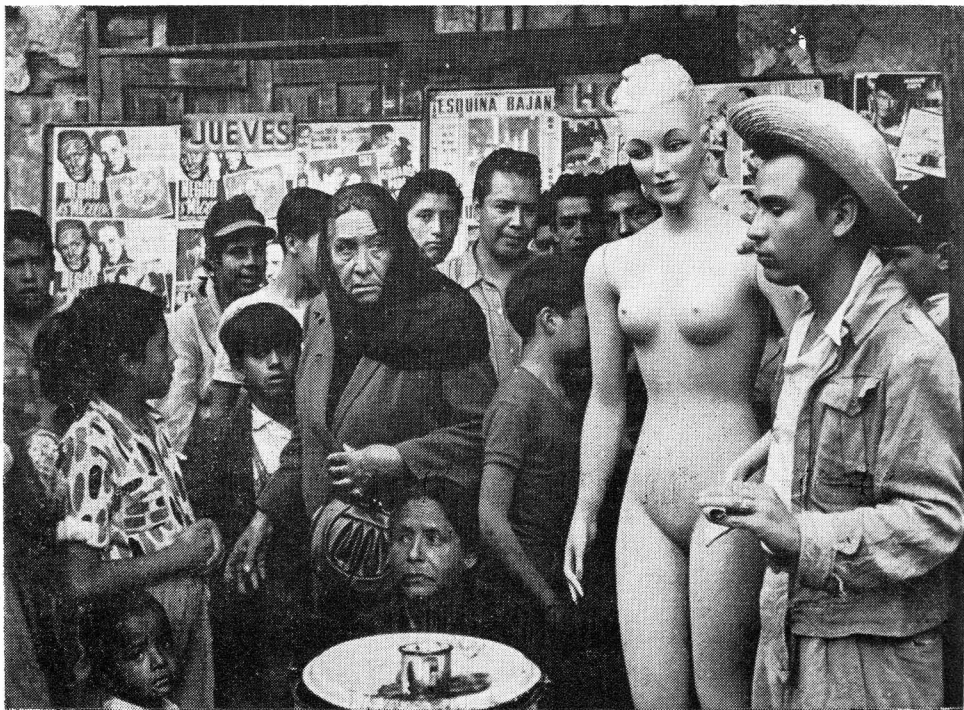
va dejando la piel de sus rodillas

rincón desconsoladamente; aquel otro, lleno de gozo, que besa en el pico al "pajarito de la suerte" y ¿no hay acaso todo un mensaje en ese grupo de papeletos que duermen acurrucados en la acera bajo la cartelera teatral que anuncia en el muro, la representación de "Los endemoniados"?

Cuando Nacho López vio que un hombre, cargando un maniquí desnudo de mujer se adentraba en el laberinto de La Merced sabía que allí sucedería algo digno de ser fotografiado. Y no se equivocó. El hombre, dejando a un lado su impúdica mujer artificial, se dispuso a comer algunos tacos. En la foto aparece en el momento culminante de la primera mordida, indiferente a la mirada sentenciosa de una vieja mojigata que parece reprocharle su falta de tacto al transportar sin ropas a esa señorita de yeso y alambre y a las de los muchachos, clavadas por obra y gracia de su imaginación, en las redondeces barnizadas de la figura. También sabía el fotógrafo lo que iba a suceder cuando esa joven de ajustado vestido pasara frente a los estudiantes que distraían sus ocios en la acera. Las expresiones de desfallecimiento y de éxtasis, teatrales y espontáneas a la vez, que éstos muestran en la fotografía, son la evidencia más palpable de la importancia que tiene la *pre-visión* de las situaciones en el arte fotográfico.

Naturalmente no podían faltar entre las fotos de Nacho López las escenas en la delegación: cerca del reo, el gendarme aburrido recargando su barba en una mano; las comadres en plena discusión; unos dedos que en la penumbra encubren un rostro lloroso. Tampoco escaparon a su cámara los tragicómicos o dramáticos aspectos de la cárcel: los presos, tras las rejas de tela de su traje mal cortado, sacando en hombros el ataúd de un compañero que pudo salir al fin libre gracias a las influencias de la muerte, o bien la impresionante aparición de

(Pasa a la pág. 32)



"La realidad y el deseo"

NACHO LOPEZ, FOTOGRAFO DE MEXICO

(Viene de la pág. 14)

unos dedos trémulos y desesperados que piden un cigarrillo a través de un agujero de la puerfa que cierra la celda de castigo.

El arte fotográfico de Nacho López ha detenido los momentos más significativos en la vida de los trabajadores de México. El estupendo empleo de la luz,

de la perspectiva, de la espontaneidad en las actitudes de los personajes ajenos por completo a su participación en el arte, es un factor determinante para la elevación de los aspectos, en apariencia triviales, al rango de sujetos estéticos: el asfaltador que lleva el luto del chapopote en sus ropas y en su piel; las siluetas

de los electricistas colgados de los postes con el disco del sol, a contraluz, como luminoso paracaídas; el cilindrero, descorchando su tonel de melodías; los albañiles alrededor del fogón de las tortillas —antojo del mediodía para los ingenieros— son todas, escenas que con la fotografía adquieren un valor plástico que tal vez en la vida tridimensional nunca tuvieron.

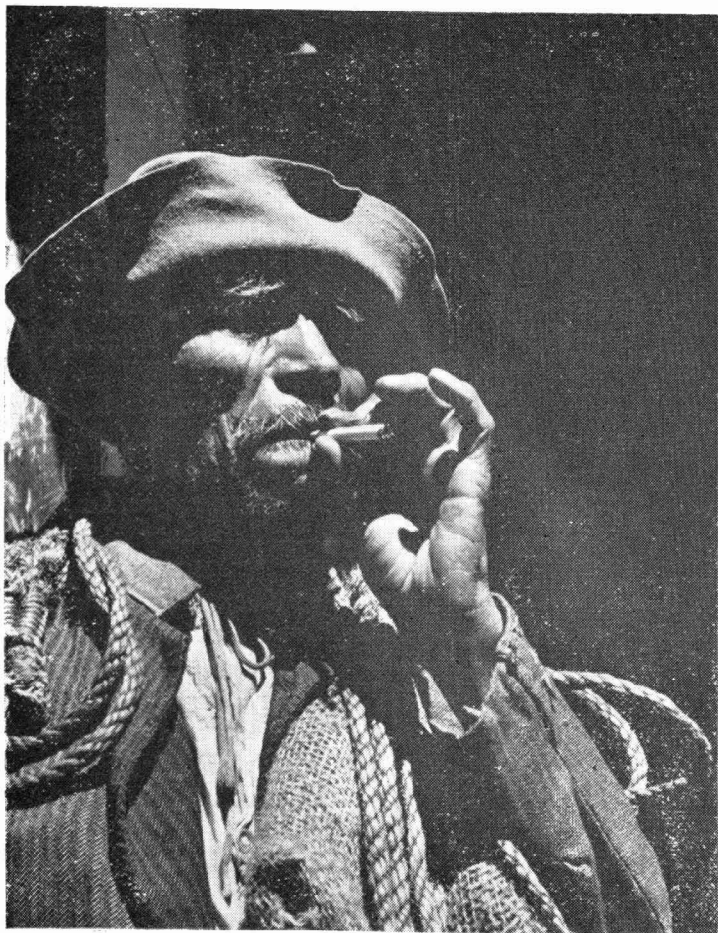
Esta visión fotográfica del pueblo estaría incompleta si faltara el aspecto religioso: el anciano y su nieto que cumplen una manda coronados de espinas y de flores; la madre que ayudada por sus hijos va dejando la piel de sus rodillas en el sendero, no muy blando, de los rebozos extendidos en el suelo; las suelas perforadas de los que están hincados en la Villa dejando la limosna piadosa que pudiera comprar otros zapatos; la mujer que en el templo ilumina sus lágrimas con la luz de la vela que lleva entre las manos...

El mismo Nacho López ha titulado a una serie de fotos de naturaleza muertas "El Sabor de las Cosas Simples". Y claro que hay sabor, se percibe a simple vista en los vasos irisados de aguas frescas y en las tortillas que sufren su martirio, como San Lorenzo, al ver volteadas sistemáticamente, sobre el comal, por una mano sabia en esas cosas de lumbré.

El mundo que aparece en las fotografías de Nacho López es el mundo de los pobres que resulta ser, paradójicamente, el más rico de todos, en poesía y dramatismo, en humanos mensajes, para el expresivo y categórico arte realista. Estas fotografías son un testimonio vivo, una imagen indiscutible de la historia presente, un mensaje artístico sin subterfugios. De ahí que Nacho López, por ser el fotógrafo del pueblo, sea el gran fotógrafo de México.



...cuerpo en proyección espacial...



...sujeto ideal de la fotografía



...distraen sus ocios en la acera...



...el estallido de júbilo en los rostros...